

pesar de semejantes ingeniosas invenciones de su abrasada caridad hácia los hombres—¡oh interes del amor divino del Padre celestial! ¡oh Corazon Sacratísimo de Jesus!—¡cuántos católicos no se obstinan en cambiar esta fe santa y servicio glorioso y regalado en una adoracion tan seca, fria, de puras formas, ruin y abominable, que hasta las mismas ridículas postraciones y abluciones de un mahometano llegan á afrontarla y exponerla á la pública vergüenza!

SECCION III.

Actos interiores.

Ya dije en el tomo primero, que acaso no haya práctica piadosa en el sistema de devociones de la Iglesia, que más choque á los convertidos, como el valor é importancia atribuidos á los actos interiores: semejantes personas llegan á sorprenderse de la obligacion que bajo pena de pecado, segun enseñanza de aquella divina sociedad, tienen que cumplir, ejercitando actos de fe, esperanza, caridad y contricion en ciertos periodos de la vida y circunstancias dadas: espántanse de los comentarios sobre la doctri-

na evangélica relativa á la culpa cometida en la voluntad: háceseles cuesta arriba el llegar á convencerse de la influencia atribuida á la intencion. Y no obstante, semejante doctrina acerca de los susodichos actos internos, igualmente que todo el resto del sistema católico, es una viva representacion de Dios nuestro Señor: Dios es un Acto puro; cualquier cosa que se ejecute, guarda con Él cierta relacion de la que recibe toda su significacion y realidad, y en su consecuencia, las palabras no son sino simples accidentes ¡y digo más! los actos externos apenas añaden nada comparativamente á la malicia del acto interno de la voluntad: asiéntase al pensamiento, fórmese la intencion, admitase deliberadamente la tentacion, y el acto es irrevocable; tocó á Dios, y se ha estereotipado: no necesita ya para su consumacion del signo de la voz ni de la ejecucion de las manos: es un acto real, y como tal, bueno ó malo, merecedor á los ojos del Altísimo de galardón ó de castigo. Los pecados de pensamiento, dice el Concilio tridentino, tienen los espantosos caracteres siguientes: primero, que no raras veces causan en el alma más grave herida que los pecados de obra: segundo, que en algunos casos son más peligrosos: — *Nonnunquam animam gravius*

sanciant, et periculosiora sunt iis quæ manifeste admittuntur.—Y téngase asimismo presente, que tambien son más numerosos, que se cometen con más facilidad y causan ménos espanto que los pecados de obra.

Ahora bien; cuanto acabamos de afirmar acerca de los actos internos culpables, puede aplicarse igualmente á la realidad del mérito de los deseos piadosos, á la oracion mental y á todos los otros actos, así de pensamiento como de palabra, que constituyen la devocion: no necesitan ser otra cosa más que actos internos, nada más se requiere para su formacion: tocaron á Dios, como tales actos, pues ya recibieron con semejante contacto todo su mérito y todo su valor. Volviendo, pues, la hoja, diremos, que estos actos internos de devocion producen á veces en el alma mayor impresion que los actos externos, que tienen asimismo la ventaja de ser más numerosos, que pueden ejecutarse, en fin, con mayor facilidad que las acciones exteriores. En vista, pues, de semejantes excelencias y grandezas de los actos internos de devocion, ¿no es un motivo bastante poderoso para afligir nuestro amor, cuando acercándonos á la orilla de los inmensos mares que encierran los senos profundos del corazon humano, y contemplan-

do ese piélago insondable, y observando las innumerables ondas cristalinas que á cada momento se levantan sobre sus superficies, llenas todas de indecible hermosura y gallardía, y ponderando cómo cada una de estas olas llegan á rivalizar delante de los ojos de la excelsa Majestad de Dios con la cancion más melodiosa que puedan entonar los Ángeles en la Jerusalem celestial;—vemos, sin embargo, el poco uso que se hace de semejante tesoro, no cuidándose apénas los mortales de aprovecharse de tan inestimables riquezas, defraudando así á Dios su gloria inmortal? Profésanos el Eterno un cariño tan entrañable, y anhela con tan vivas ansias ganar nuestro amor, que no contento con habernos colmado de innumerables mercedes naturales, se ha dado trázcas para que nuestro corazon, por los merecimientos de Jesucristo, pueda rendirle gloriosas alabanzas y tiernas adoraciones, casi con aquella misma facilidad con que el incensario deja salir el humo en olorosa espiral, á traves de su cubierta perforada, para dirigirse al trono del Altísimo; y ¡todavía nos obstinamos en rehusarle hasta esta pequeña ofrenda de amorosa adoracion!

Es difícil apreciar en su verdadero valor semejantes actos internos de piedad y devocion.

Cuéntase que en el convento de Santa Maria Magdalena de Pazzis habia una religiosa, llamada Sor Maria Benita Vettori, á quien la Santa vió, cinco horas despues de su muerte, gozando de una gloria que excedia á la de muchas otras vírgenes del monasterio y contemplando con ojos serenos la Humanidad y Divinidad del Verbo encarnado:—«Despues de haber permanecido Magdalena, continúa el confesor de esta sierva de Dios, un largo rato maravillosamente arrobada por el gozo inefable que infundia en su espíritu tan delicioso espectáculo, comenzó á intervalos á exclamar:—*¡Dichosa tú, que así sabias llevar el tesoro escondido! ¡Oh qué cosa tan grande es el singularizarse entre las singulares, y ser, no obstante, tenida como otra cualquier persona ordinaria! Si el Verbo eterno hubiese solamente contado las obras que practicaste, poco, en efecto, habria tenido entonces que premiarte, porque bastante escaso ha sido el tiempo de que dispusiste para ejercitarte en obras exteriores; mas ¡oh Bondad infinita que premia toda palabra, pensamiento y deseo!—excelentes y continuas fueron, hija mia, tus obras, y practicadas por pocos, como quiera que eran interiores! ¡Oh grandeza de las obras internas, apenas comprendida de los mortales, que*

una sola merece mil años de ejercicios exteriores!» (1)

No olvideis, pues, que este es puntualmente el asunto de que estamos ocupándonos. Nada hay en el mundo tan real y sustancial como el amor de Dios: un solo acto de amor divino es una obra mas acabada que una estatua de Fídias ó de Praxíteles; es mas sólido que las bases sobre que descansan las cordilleras de los Alpes; más estable que el universo mundo, dotado por el Criador de una consistencia incomparable: todos los seres juntos de la creacion no son más que burbujas, comparados con un solo acto de amor de Dios, meras ilusiones, leves aristas que lleva el viento, pura nada: un solo acto de amor divino es una obra completa, que sobrepuja en eficacia y trascendentales consecuencias á todo otro acto cualquiera: el acto mismo de exhalar el postrer suspiro, no llega á igualarle; y sin embargo, para ejecutar semejante acto de amor de Dios, basta una simple mirada mental, tan veloz como el rayo, la cual llega á penetrar hasta lo más alto de los cielos; y estos actos de amor divino podemos multiplicarles á nuestro antojo y más allá de lo que alcanza el cálculo, aun en medio

(1) Vida.—Edición del Oratorio,—pág. 119.

de aquellas ocupaciones que aparentemente ocasionan mayor distraccion á nuestro espíritu; y léjos de desvirtuarse con la repeticion, van, por el contrario, creciendo en intensidad y eficacia; y para ejecutarlos, no se requiere hacer ningun esfuerzo: hasta es un placer para nuestro ánimo el emplearnos en tan santa ocupacion. Así es que, cuando comparamos semejantes verdades con nuestra conducta relativa á la ejecucion de los susodichos actos de amor divino, no parece sino que estamos viendo visiones extrañas; porque apénas es creíble, que siendo evidentemente cierto cuanto acabamos de exponer acerca de las excelencias y grandezas de dichos actos internos de amor de Dios, permanezcamos, con todo eso, en el mismo estado de siempre. ¡Cuán increíble no es la dureza de nuestro corazon, la cual llega, permítasenos la expresion, á competir, á rivalizar con el exceso del amor de Dios nuestro Señor! ¡Venga, pues, luego á enseñorearse de nuestra alma aquel hermoso y regalado espíritu de reparacion, que innumerables Santos tuvieron la dicha inefable de gozar cual herencia propia, y desagraviemos á la Majestad soberana del Altísimo, extrayendo así, de flores amargas, miel muy dulce y exquisita; y de esta suerte, el escaso amor que

profesamos á Dios, por medio de semejante privilegio inefable de reparacion, nos ofrecerá muchos otros recursos para amarle cada dia con más fervor! ¿Quién, pues, se atreverá á decir que todas estas cosas no están ordenadas en beneficio del amor?

SECCION IV.

Conocimiento y amor de las perfecciones divinas.

A fin de adquirir una idea clara y distinta acerca de los afectos de Alabanza y Deseo, paréceme necesario entrar de lleno en la cuestion relativa á la naturaleza del amor de Dios y de sus diferentes especies y manifestaciones: semejante exámen, léjos de apartarnos de nuestro asunto, arrojará, por el contrario, no poca luz sobre varios de los capítulos que llevamos escritos en la presente obrita. En efecto, si TODO POR JESÚS es lo mismo que TODO POR AMOR, entónces, claro está, que el amor divino ha de ser el verdadero objeto de este nuestro tratado. Ya llevo indicado arriba, que el amor que los teólogos llaman de concupiscencia, no es otra cosa más que un santo anhelo por gozar de Dios nuestro último fin,